

# Las mareas del Caribe

(Trazos sobre una identidad)

**DISCURSO DE INGRESO COMO MIEMBRO  
DE NÚMERO A LA ACADEMIA PANAMEÑA  
DE LA LENGUA**

Panamá, 18 de agosto de 1994

por **D. Dimas Lidio Pitty**

## **HOMENAJE MERECIDO**

Señora D.<sup>a</sup> Elsie Alvarado de Ricord, directora de la Academia Panameña de la Lengua,  
señores académicos,  
señores embajadores y miembros del cuerpo diplomático,  
familiares de D. Catalino Arrocha Graell,  
señores invitados,  
amigos y amigas:

Por generosidad del destino sucedo en el sillón **L** de este egregio cenáculo a D. Catalino Arrocha Graell, intelectual y ciudadano de perfil sobresaliente, que sirvió a la patria con la acción y con la pluma. Por tanto, me siento doblemente comprometido a procurar que mi conducta no menoscabe ni macule la herencia de probidad que él dejó dentro y fuera de esta corporación.

Aunque no tuve el privilegio de conocer personalmente a D. Catalino Arrocha Graell, nacido en Aguadulce, en 1893, y cuyo deceso ocurrió en esta capital, en 1985, sé —por sus trabajos y por quienes lo trataron— de sus empeños en esclarecer nuestro pasado y de sus desvelos cotidianos, tanto en la cátedra como en la gestión pública, para lograr que los panameños y el país en general fueran mejores, en todos los aspectos.

Al estudio de la historia, a la docencia y a la administración pública se consagró desde joven. Apenas egresado del famoso Instituto Pedagógico de Chile, ingresó al cuerpo de profesores de nuestro Instituto Nacional, donde, por sus cualidades docentes y humanas, alcanzó el puesto de rector, cuando este plantel era el más importantes centro educativo del país.

Paralelamente, orientó su atención hacia el pasado; y esas inquisiciones y fatigas fructificaron en títulos como *La educación del carácter*, *La entrevista de Guayaquil*.

*El Libertador y San Martín y, sobre todo, en Historia de la independencia de Panamá, sus antecedentes y sus causas, 1821-1903, su obra más representativa, que es aporte valioso para el entendimiento cabal de nuestra peripecia como nación.*

Por otro lado, su desempeño público lo condujo a ser diputado, diplomático y ministro de Estado, en distintas oportunidades, y a merecer elogios por sus actuaciones. Fue, en consecuencia, un ciudadano fuera de lo común, que, en virtud de sus capacidades, ilustración y méritos, se granjeó la admiración y el respeto de la sociedad.

Al suceder en esta Academia a D. Melchor Lasso de la Vega, acendró los afanes dirigidos a preservar nuestro patrimonio idiomático, del cual fue defensor tenaz, como correspondía a un panameño culto y advertido de los riesgos que acechan a un país o a un pueblo que descuida la tutela de lo propio.

Hoy son otras las circunstancias, pero los peligros son los mismos, para la nación y para la lengua. Probablemente, de hallarse entre nosotros, D. Catalino Arrocha Graell adoptaría una postura beligerante frente a los que diariamente atentan contra el idioma, sin percatarse de que se dañan a sí mismos y socavan los cimientos de la patria. Así eran su temperamento y sus convicciones de ciudadano y de intelectual.

Por eso ahora, en esta ceremonia solemne en que vengo a ocupar el sitio que él prestigió con su celo y su talento, desde la reverencia debida a quien rindió una larga y ubérrima jornada en defensa de los más elevados intereses de la nación y de la cultura, solicito, como mínimo tributo a la memoria del ilustre académico que fue D. Catalino Arrocha Graell, un minuto de admiración y silencio.

## **LAS MAREAS DEL CARIBE\***

(Trazos de una identidad)

Un día del año de gracia de 1501, D. Rodrigo de Bastidas (español, navegante y alucinado, como casi todos los que persiguieron la utopía del Nuevo Mundo) puso a los habitantes de esta tierra en relación con el Caribe. No, por supuesto, con las espumas y las olas de ese mar deslumbrante, que desde siempre y para todos han estado ahí, sino con el escenario de la epopeya de destrucción y poblamiento que los hispanos nombraron mar de las Antillas, que hoy denominamos Caribe y que, en el decurso de los

---

\* Dedico la lectura de este trabajo a mi amigo Ricaurte Soler, que había prometido estar en este acto y a quien esta noche siento entre nosotros. **Ricaurte Soler**, brillante filósofo e historiador de las ideas, falleció repentinamente cuatro días antes de esta fecha, a los sesenta y dos años de edad.

siglos, ha sido suma y resta de pueblos, de heroísmos y felonías, de navegaciones y naufragios, de fracasos y sueños compartidos hasta la última esperanza.

A ese Caribe, conglomerado de sudores, de extravíos y de sangres, es al que se refieren estas líneas, que pretenden ser, simultáneamente, un saludo a ustedes y el reconocimiento de una herencia; y que son, asimismo, testimonio de apego a un pasado entrañable y ratificación de una identidad: la nuestra. Es decir, dentro de sus naturales limitaciones y sin ninguna intención o designio subalternos, este texto reconoce y proclama nuestro linaje, inextricablemente aborigen, hispano, negro y oriental.

En realidad, señores académicos, acudo a esta cita no solamente con emoción y gratitud por haberme ustedes enaltecido, al convertirme en individuo de número de esta egregia corporación, sino también convencido de que este acto, además de congregarnos en el júbilo y la convivencia del idioma, nos une en lo que bien podría denominarse magma de la conciencia histórica.

Basta hojear un manual de historia de la región para comprobar cómo, desde el grito de Rodrigo de Triana hasta hoy, las naciones del Caribe han padecido idénticos males, de parte de los mismos agentes, España, Francia, Inglaterra, Holanda, Estados Unidos. ¿Qué han sido o representado para los pueblos del área? ¿Cuándo, a partir del primer viaje de Colón, nuestra gente ha vuelto a experimentar el real, efectivo usufructo de sus riquezas y territorios?

Con la conquista perdimos\* algo más que dominios y rumbo: perdimos la libertad y, no pocas veces, hasta el derecho a la existencia. Aunque en algunos casos no significara el exterminio físico, la conquista —al sumergirnos en esta, al asignarnos la categoría o el papel de víctimas— prácticamente nos borró de la historia. En virtud de tal paradoja, a partir de entonces ya no éramos pueblos, sino residuos o vestigios de naciones uncidas al carrusel histórico. Y fuimos, durante mucho tiempo, negados y escupidos, cuando no aniquilados. Así fue en Cuba. Y en Puerto Rico. Y en República Dominicana.

Hoy —sobre todo contribuyó a esto la vesania nazi; eso nunca debe olvidarse—, resulta familiar el término de ‘genocidio’, pero la realidad oprobiosa que dicha voz expresa había sido experimentada (sufrida en carne propia) por los pueblos del Caribe, unos cuantos siglos antes. La inexistencia de indígenas en las naciones mencionadas y la

---

\* En adelante, en relación con el pasado, la primera persona del plural representará la voz de los ancestros, de los que mataron y de los que murieron; y, en la dimensión del presente, será reflejo de la conciencia colectiva.

merma escandalosa de la población aborígen en otras regiones de América, evidencian la magnitud de lo acontecido con los habitantes originales del Nuevo Mundo.

Víctimas y verdugos a un tiempo, como consecuencia del choque de civilizaciones generado por la llegada de los europeos, hemos devenido encarnación y síntesis de aquel cataclismo. Así, porque en nuestra génesis no hubo una pareja de amantes, sino de adversarios enfrentados, no resultaría excesivo afirmar que, en vez de fruto de la seducción, somos hijos del atropello. ¡Quizá por eso nos cuesta tanto el aprendizaje de la unión y del amor!

Entonces, si nuestro origen y nuestras desventuras son comunes a otros pueblos de la región, si hasta la muerte ha sido común, cuando no compartida, nuestras esperanzas y nuestros afanes de superación también deben ser compartidos. Eso lo comprendieron y lo expresaron los espíritus más lúcidos de nuestra América, en la centuria pasada. Así lo entendieron Bolívar, Hostos, Morazán, Martí y de igual forma lo han expuesto los pensadores y dirigentes latinoamericanos más perspicaces de años recientes y de la hora actual.

Pensemos en Mariátegui, en Arévalo, en Haya de la Torre; pensemos en Guevara y en Allende —para no mencionar a los vivos—; pensemos en nuestros miles de millares de hombres y mujeres que denodadamente se empeñan en aportar lo mejor de sí para que nuestras repúblicas sean un día de la patria grande de todos.

Para aquellos hombres insignes —al igual que para vastos contingentes de idealistas anónimos de estas tierras, la empresa suprema de nuestros pueblos se compendia en el logro de la unidad continental. Pero unidad de pueblos, no de gobiernos; unidad de sangres, no de palabras; unidad de sudores, no de comparsas.

La unidad auténtica, la fusión de raíces y de sueños, la integración de afanes ante el porvenir, es el reto que afrontan la generación actual y las venideras. Solo por esa vía —por la senda del esfuerzo transformador conjunto, sostenido y cotidiano— podremos aspirar a ser, alguna vez, plenamente libres. En otras palabras, tenemos la obligación (la urgencia, más bien) de convertirnos en sujetos de la historia: en dueños, conductores y protagonistas de nuestro propio destino.

Queden atrás los sufrimientos y las vergüenzas; queden atrás los cargamentos de esclavos y las intervenciones imperiales; queden atrás las tiranías y las guerras entre

hermanos; queden atrás la explotación, la usura, la explotación y la mendicidad de todos los puertos del Caribe; quedan atrás piratas y corsarios de todas las épocas y de todos los linajes; queden atrás el hambre y el analfabetismo. Que sea un mal sueño —amargo suelo de odio— cuanto hemos padecido. Que aquí, en estas comarcas de montañas, llanuras, selvas, ríos y mares esplendorosos, los niños entren a la vida sin temor; que haya trabajo, alimento, salud y educación para todos, no solo para el amo y sus esbirros. Por un Caribe, por una América así debemos desvelarnos. Tenemos que bregar, sin vacilaciones ni mezquindades de ningún género, para que nuestros pueblos sean genuinamente libres, para que nuestra existencia se abra a las mil posibilidades del futuro.

Ilustres académicos:

Según la tradición y el uso, mi cometido aquí debía consistir en hablar de literatura y de la lengua. Pero quien se ocupa de las palabras en estas tierras nuestras tiene, necesaria, imperativamente, que ocuparse de la gente y sus cuestiones. Porque la literatura caribeña (la latinoamericana, en general, coinciden algunos) “está cargada de alusiones y referencias a los problemas políticos, sociales y económicos de esta región del mundo”. Incluso, como corolario del aserto anterior, el antillano Salvador Bueno, colega académico de Cuba, concluye que “no existe otra literatura tan comprometida como esta”.

Entonces, si desde el principio —recordemos las peripecias de los cronistas de Indias, la odisea que supusieron el injerto y la irradiación del castellano en la vastedad de América— nuestra literatura ha sido inseparable de la contingencia histórica y social, ¿cómo pretender desligarla de los avatares de este momento, cuando nuestros pueblos pugnan, con más resolución que nunca, por salir de la ignorancia y el atraso, por liberarse de ataduras y rezagos?

Miremos lo que ha ocurrido y sucede en Centroamérica; lo que ha pasado aquí; lo que acontece en el Perú, en Colombia y en Haití. No sería ético invocar una pureza ilusoria, una incontaminación inexistente. Las torres de marfil nunca existieron y, si alguna vez gozaron de aceptación, ya no resultan inverosímiles. Creadores como Neruda y Vallejo, como Miguel Ángel Asturias y Aimé Césaire, por no decir Gallegos, García Márquez, Vargas Llosa, Juan Bosch, Rulfo y Revueltas, han expresado esa realidad, contaminada y contaminante, que está en la médula, en el núcleo de nuestras obras mejores y más representativas.

En consecuencia, si cabe algún reproche por las alusiones contenidas en estos apuntes, que pudieran resultar desagradables para espíritus excesivamente sensibles y

delicados, cúlpese y censúrese a la realidad, no a este intento de comunicación, que no aspira sino a decir parte de una verdad que a todos nos lacera y que, por lo mismo, a todos nos incumbe.

En el caso de Panamá, el Caribe ha sido uno de los factores determinantes en la formación y configuración de la nacionalidad. Como se indicó antes, para nosotros el Caribe ha sido más vivencia histórica que accidente geográfico. Por sus aguas arribaron los conquistadores, los esclavos africanos, los depredadores piratas y los emisarios o invasores imperiales. Por el Caribe vinieron la cruz y los arcabuces, los libros y los rebenques. Por esas aguas diáfanas, las bodegas de bergantines y galeones trajeron los espejitos y las cuentas de vidrio que trocamos por oro; y después han llegado los expolios y los préstamos, que pagamos con penurias y con sangre.

Pero además de mercaderías para el emporio comercial de Portobelo: de inquisidores, encomenderos y verdugos para vigilancia de almas, aprovechamiento de tierras y expiación de yerros, los vientos del Caribe diseminaron —justo es reconocerlo— elementos e ideas de progreso y anhelos de libertad. Con la lengua castellana y las nociones gramaticales de Nebrija, desembocaron los cantares de gesta, don Juan Manuel, Manrique, Cervantes y Lope, y los místicos. Y junto con ellos, Homero, Paltón, Aristóteles, Virgilio, san Agustín, Dante, Erasmo, Shakespeare, Maquiavelo, Rousseau, Comte, Marx... Posteriormente, los sueños y los ideales de Bolívar, la entereza y los postulados de Juárez y el magisterio excelso de Martí surcaron esas aguas para adentrarse en nosotros. Y, ¿por dónde recibimos la música de los moros y la magia de África?

Entonces, más allá o más acá de las predilecciones y los prejuicios, en nosotros, en el ser profundo de los panameños, el Caribe es presencia y esencia: cobija y baña los rastros y los rostros de nuestra identidad, aun cuando a veces esto no se advierta o, por pruritos vergonzantes, tienda a ser omitido.

En el ámbito de la música y las manifestaciones folclóricas, los aportes y las influencias ibéricas y africanas han sido determinantes. El sincretismo cultural, del cual hablaba el maestro cubano Fernando Ortiz, halla plena corroboración en Panamá. Sin *él* no se explica la cultura panameña. Sin *él* no existiría la cultura panameña. Nunca debe olvidarse que Panamá fue, desde épocas prehispánicas, sitio de paso, confluencia de rutas. Y los descubrimientos y la colonización intensificaron ese fenómeno.

Etnólogos, geógrafos y antropólogos han establecido que el poblamiento del istmo panameño se dio en virtud de la zona de tránsito. Entonces, esa suerte de síndrome de

transitoriedad, de tendencia de desarraigo y a los desapegos ha sido considerada como una característica de nuestra gente. No quiere esto decir que el panameño sea incapaz de profesar querencias, fidelidades o gratitudes, sino que las inmigraciones y la movilidad —tanto física como social— semejaran ser, en su caso, rasgos de personalidad o de carácter. Pareciera que una especie de vocación cinética subyaciese en la conciencia de nuestra gente.

Al parecer, esto guarda relación con los aluviones inmigratorios y con el flujo constante de viajeros, incrementados unas veces por revoluciones y guerras; y, otras, por espejismos y señuelos como el oro de California. El hecho es que en el país ha sido más o menos permanente el fenómeno que García Márquez denomina «la hojarasca»: esa población flotante, abigarrada, a la deriva, que va y viene con las estaciones y los vientos, como las nieves o las mangas de langostas.

Sin embargo, pese a esa aparente falta de cohesión, la nacionalidad se fragua y se consolida. El Estado independiente surge en la tercera década del siglo XIX, al socaire de la gesta emancipadora bolivariana, e ipso facto se integra a la Gran Colombia. Luego, a lo largo de todo el siglo, se suceden las intenciones separatistas, nutridas y prohijadas por la insatisfacción del Departamento del Istmo frente al centralismo y la arrogancia de la metrópoli bogotana. Finalmente, a principios de la centuria actual [refiriéndose al siglo pasado], confluyen las ansias independentistas de los panameños con el expansionismo estadounidense y se produce la separación definitiva de Colombia.

En consecuencia, es, por lo menos, una inexactitud, si no una falacia, aseverar que Panamá es una nación inventada o que es solamente un canal. En el Istmo, desde hace mucho, ha existido una comunidad nacional con perfiles definidos, con conceptos y valores propios, aquilatados a lo largo de una experiencia histórica concreta, análoga a las de otros conglomerados latinoamericanos, pero con aristas diferenciadoras y eso, para bien o para mal, nos convierte en un país singular dentro de ese vasto mosaico sociopolítico que es América latina.

Vale la reiteración de este tópico porque nunca resulta ocioso, en coyunturas como la nuestra, seguir la huella de maestros de civismo como Justo Arosemena, Eusebio A. Morales y Octavio Méndez Pereira, en el sentido de recalcar lo que somos y cómo hemos llegado a serlo, sobre todo para orientación y beneficio de las nuevas generaciones. En países como Panamá el valor y la exaltación de lo propio deben estar en la conciencia y en la conducta de cada ciudadano; lo contrario, la xenofilia, el fomento del

esnobismo y la sumisión ante las fruslerías y los embelecos de lo foráneo, sería coadyuvar a la enajenación o al suicidio colectivos.

Igual acontece en lo referente a la lengua. Nunca será suficiente cuanta defensa se haga de *ella*, máxime si, como sucede entre nosotros, diariamente soporta, además de los consabidos yerros y vicios de uso, el influjo y las agresiones de otro idioma. Conviene distinguir entre erosión sintáctica y enriquecimiento por acopio o préstamo de voces. Nuestra situación, bastante similar a la de puerto Rico, nos obliga a ser en extremo celosos de nuestro haber lingüístico. Y sobre este punto aprovecha recordar algo que ya otros han señalado: por factores y razones de diverso género, el castellano habría devenido español más gracias a la colonización del Nuevo Mundo que a escaramuzas habidas en la propia Península. Entonces, en sentido estricto, más que legado o blasón, la lengua constituye uno de los componentes medulares de nuestro ser. Eso nunca debe ser olvidado mientras nuestra nación exista como tal.

En cuanto al elemento negro, que es común a todo el Caribe, Panamá ofrece algunas diferencias, respecto de otros países del área. De un lado están los descendientes de los esclavos traídos por los españoles; de otro, los vástagos de los inmigrantes de origen antillano, que llegaron durante la construcción del ferrocarril transístmico, a mediados del siglo XIX, en la época de la construcción del Canal o, en fecha más reciente, por la demanda de mano de obra en las plantaciones bananeras de la tristemente notoria United Fruit Company.

En el primer caso, son individuos plenamente integrados a los modos y costumbres del resto de la población: hablan español y no se sienten en nada diferentes de sus paisanos. Los descendientes de antillanos, en cambio, por largo tiempo se mantuvieron prácticamente como una minoría marginal: hablaban inglés o *patois* y, en buena proporción, no se consideraban panameños. Este segmento de nuestra población tendía a identificarse con las costumbres y los esquemas anglosajones.

Hasta años recientes, sus integrantes incluso saludaban, caminaban y escupían según los usos imperantes en Brooklyn o en los guetos de Detroit y de Chicago. La reticencia, cuando no el desdén o el abierto recelo, resaltaba en su conducta. Hay quienes han llegado al extremo de esgrimir esa marginalidad como una evidencia de discriminación racial, cuando en rigor es, para criterios menos sectarios, un aspecto negativo más del fenómeno colonial en su conjunto.

En realidad, la cuestión es demasiado vasta e intrincada para intentar elucidarla en el marco de estas páginas. Por el momento, basta consignar que algunos panameños



aún se hallan en proceso de asimilación o de aceptación de sí mismos como tales. Que el éxito coronará ese empeño existencial no debe dudarse. Un grupo humano como el afroantillano, hecho a la adversidad de sucesivos desarraigos, de penalidades que abarcan centurias, finalmente encontró acogida en esta tierra. Y eso es lo que cuenta.

Desde hace más de un siglo están aquí sus recuerdos, sus ilusiones y sus muertos. Aquí, junto a gente de muchas latitudes y procedencias. Han regado cotidianamente el sudor y también, en jornadas infaustas, la sangre. Por eso, ya no son de ninguna otra parte. No podrían serlo. Aunque no se percaten de eso o alguien pretenda negarlo, pertenecen a este suelo. Es aquí en donde están sus raíces y su identidad. Porque ha sido en este Istmo donde, sin renegar de su pasado, pero fusionándose con los otros, integrándose en una nueva autoctonía, los ciudadanos de ascendencia afroantillana se han encontrado a sí mismos.

Así, en la cintura de América —punto de encuentros, lugar de tierras y aguas en conjunción—, los afroantillanos, al igual que los panameños de otras etnias, se han amalgamado en la comunión de la diversidad, que es la verdad última de la especie y, finalmente, de la vida.

De esta suerte, para bien de todos, el elemento negro anida en la realidad y en el alma panameños. Lo negro está presente y resalta en todo el espectro cultural. Además de, por supuesto, en los rasgos fisonómicos, es perceptible en la música, en la danza, en la cocina, en los juegos, en las creencias, en el habla y en la conducta cotidianas.

Naturalmente, esta situación también se refleja en las manifestaciones artísticas más elaboradas. Tomemos, por ejemplo, el caso de *La cucarachita mandinga*: Rogelio Sinán, figura señera de nuestras letras, escribe esta obra para niños basándose en un relato de indudable origen africano. Adicionalmente, la música del maestro Gonzalo Brenes que acompaña la pieza también se sustenta en ritmos y cadencias de estirpe africana. ¿Cómo y para qué negar lo innegable?

Los estudiosos han señalado que en nuestro folclor el ingrediente africano es primordial. Esto es fácilmente advertible en el tamborito, hasta por el lego más desatento. La sangre, la noche y los ancestros de África palpitan en la voz de las *cantalantes*, en el meneo de los danzarines y en el sonido de los tambores. Y más o menos lo mismo sucede con otras danzas y expresiones vernáculas. África está en *ellas*, además de en nuestras venas.

Ahora, conviene puntualizar que lo negro nuestro no es idéntico a lo de Trinidad ni a lo de Haití. Tampoco a lo de República Dominicana o de Cuba. Acaso mayor afinidad habría con lo negro del golfo de México, porque allí también figura el ingrediente indígena. De todas formas, por la diferente composición étnica —no puede obviarse el numeroso contingente oriental, verbigracia— y por los azares de la historia, la cuestión ofrece en Panamá características *sui generis*.

Por lo que hace a la literatura propiamente dicha, abundan en *ella* los personajes, las situaciones y los temas vinculados con lo antillano y lo africano. Eso sí, todo esto aflora tamizado por una sensibilidad muy particular, fruto del sincretismo étnico y cultural ya señalado. Poetas y escritores como el mencionado maestro Sinán, Demetrio Korsi, Herrera Sevillano, Joaquín Beleño, Víctor M. Franceschi, Diana Morán, Rafael Pernet y Morales, Pedro Rivera, Ramón Oviero y algunos otros han proyectado en sus obras —sin desentenderse de idiosincrasias, supersticiones, mitologías y variantes o modalidades lingüísticas, y desde ángulos y supuestos también diversos— esta faceta de nuestro ser. Un ser que no es blanco ni negro, ni cobrizo ni amarillo; un ser que es producto de “todas las sangres”, según diría Arguedas, y que, como cualquier otro, de cualquier parte, aguarda un destino que presume venturoso.

Consignado lo precedente, conviene una advertencia: no se tome esta reflexión como invectiva ni como lamento; no es inventario de culpas, sino simple revisión de hechos y realidades. La historia es lo que es, no lo que debería ser ni lo que desearíamos que hubiese sido. Las destrucciones y los nacimientos, las cobardías y las proezas son el haz y el envés de una misma circunstancia y acaso de un mismo instante. Esa nueva autoctonía invocada es el producto natural y lógico de un proceso que involucra siglos, pasiones, vicios, virtudes y culturas. Condenar este sería negarnos. Somos lo que somos y basta. Tenemos que vivir siendo eso y no otra cosa. Nos pertenecen y nos conforman, por igual, los aciertos y los errores.

¿Acaso podemos renegar de la altivez, la codicia, el bagaje técnico y el dios de los conquistadores; de las cadenas, las mañas, las deidades y el ritmo de los negros esclavos; de la bravura, las cosmogonías, el amor a la tierra y los sacrificios humanos de los aborígenes; del respeto a las tradiciones, la laboriosidad, la prudencia y los resabios de los orientales? ¿Debemos avergonzarnos de los millares de chinos que fumaban opio, sucumbían a la nostalgia y se colgaban de los postes del telégrafo durante el tendido del ferrocarril transístmico y cuyos descendientes honran la tierra que los vio nacer? ¿Habría que desconocer las contribuciones de los indostanos, de los hebreos y de los árabes en la forja de la patria que tenemos?

Por supuesto que no. Tal pretensión sería vana, además de mezquina. Lo que corresponde en nuestra situación y en esta hora del mundo es continuar hacia adelante, fija la mirada en metas que supongan elevación y progreso. Porque lo cierto es —y no se atribuya esta declaración a soberbia o desvarío— que el pueblo panameño, al margen de las creencias, las iniquidades y las agresiones; por encima de los estigmas y las taras de la dependencia y el subdesarrollo; pese a los sainetes, las simulaciones, las zarabandas y los desengaños políticos, continuará afanándose, al igual que los demás pueblos del continente, por ser real y plenamente libre.

Este de la libertad, viejo y recurrente anhelo de los hombres, llegó a nuestras costas —como casi todo en los últimos quinientos años— con las olas y los vientos del Caribe, y ha enraizado hondamente en los huesos y en el alma, en los hechos y en la voluntad de las generaciones. Nos ha movido en la paz y en la guerra y nos ha preservado, como permanente y eficaz escudo, de las asechanzas de los enemigos y de los embates de las potencias.

Quiere decir, eximios académicos, que si nos mantenemos fieles a ese ideal y actuamos animados por una conciencia lúcida de la síntesis de sangres y de culturas que somos, ceñidos a un balance estricto de nuestros recursos y capacidades, podremos afrontar el porvenir sin temores. Ya casi en el umbral del milenio que se avecina\* henchido de promesas y desafíos, tal certidumbre debe cimentar nuestros empeños de cada día. Porque solo una convicción semejante propiciará que el futuro de los panameños sea más espléndido que el más hermoso sueño. Y adicionalmente confirmará el augurio de que las mareas más altas y luminosas del Caribe, ese Mediterráneo de América, aún están por llegar a nuestras playas.

Muchas gracias.

#### **LOS CABALLOS ESTORNUDAN BAJO LA LLUVIA**

Era un día de agua. De agua y de viento. Lo sé porque he vivido desde siempre. Sin que pueda precisar la hora exacta en que empieza la memoria, allí están el sonido de la lluvia en el cinc, los pasos apresurados de la abuela y la tía Nena, las gallinas resguardadas en los aleros de la casa, el agua hirviendo en la cocina, el abuelo en el portal, con su aire severo, puesta la atención en la línea de las goteras, en los árboles agobiados por la lluvia o en los chillidos de los cachorros que se disputan la ubre; allí

---

\* Este discurso fue leído el 18 de agosto 1994.

están las palabras en la penumbra del cuarto (la abuela y la tía Nena son hermanas por la sangre y por la vida y han visto y vivido muchos trances como este; mi madre, en cambio, carece de experiencia), limosas por la humedad de tantos días de cielo y cielo gris; allí están agazapados, como gatos al acecho, los recuerdos de las tres mujeres, y también los temores y las conjeturas. Sucesivas capas de sudor recubren a mi madre. Los dolores y una vaga incertidumbre aletargan sus sentidos, estrujan su carne y la sumergen en su sopor de nieblas, susurros, somnolencia y sonidos lejanos. Su vientre hinchado es una protuberancia oscura en la claridad lechosa del cuarto, que solo recibe luz por las juntas de las tablas, debido a que la única ventana ha ido cerrada para evitarle a mi madre un pasmo. Tía Nena se aproxima a la cama y le palpa la barriga. En el aire espeso recita palabras enrevesadas, como si conjurara espectros, y su mano comunica (intenta darle confianza y alivio al cuerpo desgarrado, que ahora se retuerce entre quejidos y sudores fríos. Mi madre siente la mano y quiere decir algo, pero un nuevo espasmo ahoga su voz. Tía Nena le limpia el sudor de la frente y sigue murmurando palabras que solo ella conoce: las mismas que ha repetido durante años en casos semejantes. En la cocina, la abuela echa más agua en la paila y en silencio hilvana porque todo salga bien y pronto. En otro fogón pone el té de hojas de guanábano para el abuelo. Este oye los quejidos de mi madre mientras traza dibujos enigmáticos en la tierra húmeda, cerca de las goteras. Algunas figuras parecen animales y otras sugieren objetos, pero todas se esfuman como presentimientos con las salpicaduras del agua. Sin embargo, el abuelo insiste en descifrar el tiempo con la varita seca y sigue trazando imágenes caprichosas. La abuela entra al cuarto y deja una totuma humeante sobre la tabilla que sirve de tocador. Ahí tienes un poco de café, dice a la tía Nena. ¿Crees que todavía demore mucho? Creo que ya no tanto, responde esta; los dolores son cada vez más seguidos, bebe un sorbo y mira hacia la cama. Mi madre está ahora quieta, como adormecida. La abuela acomoda la almohada de mi madre y le acaricia la cabeza. Luego sale. Voy a echarle más agua a la paila, dice. Tía Nena se sienta en una silleta y bebe el café a pequeños sorbos, antes de que lo termine un quejido profundo la levanta, deja la totuma sobre el tocador y se acerca a la cama. La cara descompuesta de mi madre está más pálida que antes y su cuerpo se agita y retuerce bajo la manta. Tía Nena grita: ¡Goya! Los pasos de la abuela llegan desde la cocina. Creo que ahora sí, dice tía Nena. ¿Quieres que traiga el agua?, pregunta la abuela. Todavía no; yo te aviso. Eso sí, ten a mano los trapos y las sabanitas. Apartó la manta hacia los pies de la cama y levantó la falda de mi madre. Abre bien las piernas, hijita, dijo con voz dulce, y no tengas miedo. Sus manos palparon la piel tensa del vientre. Sí, ya no demora mucho, murmuró. Quédate así, dijo luego. Apoyada en el borde de la cama examinó el rostro de mi madre. Su cabello castaño estaba oscurecido por el sudor y sus labios se veían resecos, como si tuviera fiebre, le pasó un pañuelo por la

frente. Ya van seis horas, pensó; si al mediodía no acaba, habrá que llamar gente para llevarla a la estación. En ese momento mi madre abrió los ojos; tengo sed, dijo. Tía Nena buscó la taza con el agua de linaza y le dio un sorbo. No es bueno que tomes agua, hija; esto te quitará la sed. El silbato del tren que iba para Palmira sonó tres veces. El abuelo prestó atención y pudo percibir, en la distancia y la lluvia, el sonido de los rieles. También sintió cuando el tren se detuvo en la estación. Aunque la distancia era mucha y el monte impedía, aun cuando no lloviera, ver la estación y los llanos, el abuelo vio a los pasajeros bajar del motor con sacos y paquetes y refugiarse apresuradamente en la caseta de cinc; también vio las lejanías grises de los cerros y las tonalidades diluidas de la costa y el mar. Eran muchos kilómetros hasta David. Pero cuando había buen tiempo se podían ver algunos edificios de techos rojos y uno blanco, alargado, que era el hospital. ¿Por qué pienso en el hospital?, se dijo. En ese momento oyó el quejido profundo y el grito de tía Nena a la abuela. Dos minutos después, el motor salió de la estación y el ruido de los rieles volvió a mezclarse con la lluvia y el viento. En la llanura inundada, las cercas de piedra eran culebras oscuras y los árboles fantasmas, y la mañana una extensión algodonosa, atravesada por los hilos fríos y largos de la lluvia. Mi madre no oyó el tren porque en ese momento un espasmo más fuerte que los anteriores agarrotaba su vientre. Ella solo podía oír los latidos de su sangre y su respiración agitada y la angustia (su ruido áspero y seco, doloroso) que le ponía las piernas pesadas e insensibles. Tía Nena estaba allí, pero mi madre apenas la veía; su rostro se le desdibujaba en la penumbra. Sin embargo, sentía la ternura de su mano cuando le enjuagaba la frente y le decía: No tengas miedo, relájate, que todo saldrá bien. La abuela salió al portal y vio los dibujitos. En ese instante el agua borraba una estrella de tres puntas con una cruz en el centro. La abuela se estremeció al verla. ¿Qué es eso?, preguntó. Era una estrella, dijo el abuelo. ¿Quiere que le traiga el té? Bueno, contestó él. Miró hacia el cuarto. ¿Todavía demorará mucho? No sé, dijo ella; Magdalena cree que falta poco. El abuelo miró la lluvia, ahora más fina, los pequeños arroyos que formaba en la sabana, los altos cedros que su suegro había sembrado cuarenta años atrás, el caballo cebruno, cuyo pelaje se había oscurecido con el agua, los huecos de las lombrices en el patio, la gallina que se había guarecido con sus pollos, todos debajo de ella, cerca de donde él estaba; su vista recorrió la realidad y sintió crecer dentro de sí una tibia ternura por todo lo que veía. Pensó que la mayor parte de todo eso había brotado de sus manos a lo largo de los años, de incontables sudores y desvelos. La abuela regresó con una totuma de té humeante. El abuelo tuvo un acceso de tos. Puso a un lado, recostada contra la pared, la varita seca, sacó un gran pañuelo de bolitas rojas y negras y tosió durante un rato. La abuela esperó a que él terminara de toser; mientras, miró hacia la puerta del cerco y recordó por primera vez, veinte años antes, que entró por ella como esposa del abuelo. Doscientos metros más allá, rodeada de

naranjos y otros árboles frutales, con un gran ciprés al frente, estaba la casa de sus padres. Desde entonces había tenido cuatro hijos y mucha gente había muerto, incluido su padre y dos hermanos (Emilia de parto y Félix desangrado en el camino del río Piedras, después de haber cortado a traición por culpa de una mujer), y ahora estaba a punto de nacer su primer nieto. Sin saber por qué, de pronto tuvo la sensación de que la vida era como esa agua que corría debajo de la grama. El abuelo dejó de toser, se limpió los ojos llorosos y pidió el té con voz *afónica*. Ella observó su cara enrojecida por la tos, su bigote de largas guías, canoso, y sus manos de dedos gruesos y callosos. Me avisa cuando acaba para llevarme la totuma, dijo y regresó a la cocina. El estampido de un trueno trajo a mi madre a la conciencia y por primera vez en mucho rato pensó en lo que estaba próximo a ocurrir. Se tocó el vientre tenso y percibió leves movimientos. Tía Nena le sonrió y ella sintió vergüenza, intentó bajarse el vestido, pero la tía le dijo: No, quédate así. Mi madre miró hacia la pared y permaneció quieta. Por las rendijas veía la grisácea claridad exterior y escuchaba el ruido de la lluvia y de los animales y el lejano zumbido del río. Tengo sed, dijo. La tía fue al tocador y trajo la linaza y le dio un sorbo. Mi madre cerró los ojos y dobló un brazo sobre la cara. Tenía ganas de dormir un día entero. El acompasado caer de las goteras en la zanja era un sedante. Súbitamente los dolores volvieron y sintió que sus caderas crujían, que la carne se desgarraba; apretó los puños y se mordió los labios, pero no puedo evitar que un quejido hondo y largo saliera de su boca. La abuela oyó el quejido en la cocina y volvió a pedir en silencio que aquello acabara pronto. Después se cubrió la cabeza con un costal de henequén y fue a buscar una lata de agua. Mientras desenrollaba la soga mojada del pozo (y luego mientras el cubo llegaba al agua y todavía cuando tiraba de él) siguió rogándole a san Antonio que la hija tuviera un buen parto. Cuando regresaba a la cocina, vio que la perra y sus tres cachorros dormían profundamente en el *nido* que ella les había hecho, con sacos viejos y bagazo de caña, en una esquina del portal. Puso la lata de agua junto a la piedra de moler maíz y colgó el saco mojado cerca del fogón. Oyó que la tía Nena decía algo en el cuarto. ¿Qué dijiste?, preguntó. Nada, respondió Nena; le hablaba a Ninfa. La abuela echó más agua en la paila y después desenterró tres yucas del lugar donde las guardaba para que se resecaran y se puso a pelarlas. Al terminar de partirlas, agregó chayotes, un gran pedazo de ahuyama y dos otoes; lavó todo en una totuma grande y luego lo echó en la olla en [la] que hervía la carne desde hacía rato. Mientras revolvía las verduras y atizaba el fogón, oyó la voz del abuelo. Ahorita voy, dijo ella. Tapó la olla de la sopa y fue a buscar la totuma. El abuelo la tenía en el regazo y de nuevo dibujaba figuras en el suelo. La abuela observó en silencio las figuras y recordó que el tío José, ya centenario, casi ciego y sordo como una piedra, también dibujaba en el suelo cuando llovía. El abuelo le dio la totuma. ¿Se siente mejor?, preguntó ella. Casi lo mismo, dijo él; aunque tengo el pecho

menos apretado. La abuela regresó a la cocina y agregó leña al fogón del agua; luego destapó la olla de la sopa y la revolvió con un meneador de madera. Después fue a donde estaba el costal de arroz y sacó tres tazas y las vació en una batea. Mientras cerraba el saco recordó que Nena también iba a comer en la casa y añadió otra porción. Con la batea en las piernas, se sentó junto a la puerta y comenzó a sacar los granos con cáscara. En el portal, la perra gruñía a sueños. El viento había disminuido y la lluvia y la lluvia había arreciado, las gotas golpeaban el cinc por fuera. Tía Nena seguía en el borde de la cama dándole ánimo a mi madre; insistía en que mantuviera separadas las piernas y no se desesperara. La primera vez siempre es muy dura, pensaba la tía Nena: se ignora todo y el miedo le quita fuerzas a la mujer. Recordó sus *propios* partos y los de algunas de las mujeres a las que había asistido. Había ayudado a traer al mundo cuarenta y nueve niños, sin contar los tres que habían fallecido después de nacer ni los dos que había muerto dentro de sus madres. Algunos eran sobrinos, otros no eran nada, pero todos le decían madrina y el Día de la Madre le llevaban regalos. Esos hijos de sus manos eran su orgullo. Cuando veían a los hombres que pasaban a caballo y la saludaban con un grito, o cuando dos o tres muchachas llegaban trayéndole un queso o una jalea y pasaban un rato con ella viendo las flores y hablándole de bailes y de novios, sentía que su vida se ramificaba mágicamente en el vigor de los jinetes y en la gracia de las muchachas; sentía que una parte de sí mismo recorría con ellos los caminos y los llanos, o esperaba con ellas la saloma del enamorado detrás de una ventana, en casi todas las casas de Palma Real, de Caña Blanca, de Los Naranjos, de la Acequia y en dos o tres de otras comarcas (una noche cabalgó cuatro horas, acompañada por uno de sus hijos y por el hombre que vino a buscarla, para ayudar a una mujer de Hato Soles que tuvo mellizos) había alguna vida traída al mundo por sus manos. Dejó los recuerdos y limpió el sudor de la frente de mi madre. Haz fuerza, hija; tienes que hacer fuerza; ya falta poco, dijo Sí (volvió a pensar en los primerizos), es verdad lo que dicen algunos; solo las vacas y las indias nacen sabiendo parir. El abuelo vio que alguien, cubriéndose con una lona embreada, llegaba a la puerta del cerco. Ahí viene uno, dijo. La perra despertó y comenzó a gruñir. Parece que es Silvestre, agregó la abuela, asomada en la puerta de la cocina. Sí, es él, asintió el abuelo desde el portal de la otra casa. Silvestre saludó al abuelo, pero pasó de largo hacia la cocina. Tía Goya, pregunta Mime que cómo va Ninfa. Entra, no te quedes ahí mojándote, dijo la abuela: Dile que todavía no ha dado nada, pero ya falta poco; y que todo saldrá bien, con el favor de Dios. ¿Quieres un poquito de maicena? Bueno, dijo Silvestre (sobrino de la abuela, hijo de una hermana de *esta* ya difunda, que se había criado con Mime, la madre de la abuela); me caerá bien para el frío. Se miró los pies descalzos y los pantalones arremangados. Parece que va a seguir lloviendo, dijo. Con el de hoy ya son tres días de agua, ¿verdad? Tres y medio; comenzó la noche del martes, precisó la abuela.

No sé cómo haremos si hay, Dios no quiera, que llevar a Ninfa a la estación. Silvestre terminó la maicena. Estaba buena, dijo y se limpió la boca en la manga de la camisa, la abuela tomó a totuma. Ahora anda a decirle a mamá lo que te dije. Apenas haya algo, yo iré a avisarle. Silvestre salió y la lluvia resonó sobre la lona embreada. Adiós, dijo al pasar frente al abuelo. Adiós, respondió *este*; saludos a Mime. El abuelo siguió a Silvestre con la vista hasta que desapareció detrás de las piñuelas de la cerca. Ya es un hombre, pensó; pareciera que fue ayer que enterramos a la finada Emilia y Rosita tuvo que amamantarlo. Isidoro (hermano de la abuela y de Nena, marido de Rosita) quería que se lo dieran del todo, pero Mime se opuso. A cambio de la hija, Dios me deja el nieto; me servirá de compañero, dijo el día que Isidoro le habló del asunto. Rosita lo amamantó tres meses y después tomó leche de vaca negra. Todos estos años ha estado con la viejita. Y cuando Julián (hermano menor de la abuela) tome obligación y se vaya, Silvestre seguirá acompañando a Mime hasta la muerte. Un quejido más fuerte que los anteriores, casi grito, volvió al abuelo a la realidad. Si hay que llevar a Ninfa a la estación, será un problema reunir gente, pensó; Faustino (hijo segundo de la abuela) no vendrá hasta el mediodía y Milton (hermano menor de mi madre; la abuela lo había mandado al amanecer a la tienda, distante cinco millas) es demasiado chico; habría que decirle a Isidoro, a Candelario (hijo de Isidoro) y a Silvestre. Ya sería cuatro. Pero faltaría le relevo que se encargara de los caballos. Si no me hiciera daño mojarme... Y las quebradas deben estar hondas; antes de que comenzara a llover estaban crecidas. Vio que el agua había borrado las últimas figuras que había hecho, pero no le dio importancia. Ojalá que no sea menester llevarla, pensó y caminó hacia un extremo del portal y orinó en la zanja de las goteras. Tengo miedo, tía, dijo mi madre. Cálmate; los dolores son buena señal y yo estoy contigo; no tienes por qué tener miedo. La tía palpó el vientre de mi madre y se dijo que todo iba bien. Tal vez todavía tardara un rato, pero era casi seguro que no habría complicaciones. Mi madre sintió las manos de la tía y se serenó; incluso quiso sonreírle. Era buena tía Nena: a ella la había traído al mundo y a Faustino y a Milton y a Lucrecia (la otra hija de la abuela; estaba donde Mime porque era demasiado joven para ayudar en un parto); los había traído a todos y todavía ahora... Su mano agarró la de la tía, pero no pudo sonreír porque su espasmo prolongado paralizó sus nervios. Ahora los dolores eran mucho más intensos y se repetían cada pocos segundos; le parecían largos, interminables desgajamientos que le astillaban los huesos. ¡Ay, gritó, Roberto, me muero! Tía Nena observó las contorsiones y pensó que ahora sí era inminente el parto. ¡Goya, gritó, ten el agua lista! Sobre la otra cama que había en el cuarto dispuso las sabanitas, las tijeras y los trapos limpios; también puso sobre la cama el viejo platón, lleno de flores blancas, celestes y rosadas, en el que acostumbraba lavar a los recién nacidos. La abuela buscó en la tablilla que había encima de la otra cama una bolsa de papel y de esta extrajo



una botella de *bayrum* y una lata de polvos para el cuerpo y las puso cerca del platón. Esto es bueno para la criatura, dijo, puja con todas tus fuerzas; no dejes de hacerlo, por más que te duela. Tengo sed, dijo mi madre. Es mejor que no bebas ahora, aconsejó la tía; después podrás tomar té. La abuela había regresado a la cocina. Goya, llamó tía Nena, cierra la puerta del cuarto porque el viento de agua puede hacerle daño a Ninfa. La abuela cerró la puerta, sin entrar. El abuelo preguntó algo desde el portal, donde había vuelto a sentarse. Ya casi, respondió la abuela mientras regresaba a la cocina. Puso más leña en el fogón del agua y disminuyó el fuego de la sopa. Luego, en tanto lavaba el arroz, elevó otra silenciosa plegaria a san Antonio. El abuelo tuvo acceso de tos y al acabar escupió en el patio, más allá de las goteras. Las gotas finas disolvieron lentamente la saliva espesa y espumosa. Pensó que no debía estar tanto tiempo en el portal porque la humedad podría perjudicarlo, pero tampoco soportaba estar dentro de la casa: el sufrimiento de Ninfa era demasiado duro para tenerlo cerca. El portal lo mortificaba; adentro hubiera sido como caminar sobre trozos de candela, la lluvia disminuyó y algunas de las gallinas que estaban en el portal salieron a buscar lombrices. Una defecó en el extremo del portal y el abuelo le dio un golpe con la varita seca. La gallina cacareó y las otras también se asustaron y miraron hacia el abuelo. Después salió la de los pollos y estos corrieron detrás y alrededor de la madre hacia uno de los grandes árboles de mango, debajo del cual la tierra estaba limpia de hierba y había muchos huecos de lombrices. El abuelo los vio alejarse y recordó que a la abuela siempre le había gustado mucho criar pollos. Desde muy joven acostumbró tener una o más gallinas echadas, y, cuando las *propias* gallinas no ponían suficientes huevos para completar una camada, los conseguía prestados; a veces, incluso, si no conseguía de gallina, las echaba con huevos de pata o de pava. La abuela revolvió la sopa y probó el punto de sal. Faltaba poco para que estuviera lista. Le quitó la mayor parte de los tizones y los puso en el fogón en el que cocinaría el arroz. Cuando Milton llegue, pensó, ya tendré la comida. Aunque el sol no había aparecido, calculaba que debían ser más de las nueve. El motor sube a las ocho para Palmira; Milton se fue como a las siete; antes de mediodía, deberá haber vuelto. Puso a calentar el agua con la sal y la manteca, luego echó el arroz y acomodó los fogones. En el cuarto se oía a tía Nena hablándole a Ninfa. La abuela recordó cómo había sufrida al darla a luz; la niña era grande y estaba demasiado gorda. Era tenía dieciocho años, era su primer parto y sentía que el mundo se acabada. Si no hubiera sido por Nena, pensó, yo tal vez no estaría aquí. Oyó que el abuelo espantaba las gallinas y sonrió para sí. Un día de estos le diré: *Si no quiere que las gallinas ensucien, hágale un excusado, pues*. Imagino la cara de disgusto que pondría. Cuando se disgustaba, enrojecía y daba la impresión de que de un momento a otro la sangre le iba a brotar en las mejillas y en las orejas. En eso se parece al tata Juan, pensó; también es así. Seguramente han sacado eso del francés.

Cuentan que era un hombre muy blanco y muy bravo. Y muy terco también. Tuvo diecisiete hijos con la mamá Epifania, y quería dieciocho, pero ella no podía tener más; entonces él se dio a los demonios y dijo que ella no servía para nada y estuvo cerca de un año sin hablarle. Era muy testarudo. Le volvió a hablar cuando estuvo a punto de morir una de las hijas y el cura que vino de Dolega les dijo que tenían que hacer las paces para no aumentar los sufrimientos de la enferma. Con eso se ablandó. La muchacha se puso buena y todo anduvo bien hasta el verano siguiente. El francés se fue a las galleras de La Candelaria y allá decidió completar el *número* dieciocho con una mujercita de Caldera, carilinda y de ancas de avispa, que descifraba el destino con la baraja. Después se supo que tuvo un niño que murió a los dos días de nacido (las malas lenguas decían que la madre lo había ahogado); la mujer se perdió de vista y el francés sacó de ese capricho unos granitos rosados que nunca se le curaron. Algunas gallinas llegaron a la puerta de la cocina y la abuela les tiró al patio las cáscaras de las verduras. Mientras las gallinas picoteaban, la abuela tuvo una sensación de fatiga y recordó que en el desayuno solo había tomado café. Se sirvió una totuma de maicena y la bebió a grandes sorbos en tanto atizaba el fogón del agua. Afuera, el humo de la cocina moteaba de azul la claridad gris, en la cual los árboles, agobiados por el agua, eran manchas verduscas y difusas. La perra levantó la cabeza y miró hacia el portillo que había en la piñuela, a cien metros a la derecha de la entrada principal. Estaba atenta, como si esperara la aparición de alguien, pero luego volvió a reposar la cabeza sobre las patas delanteras. Uno de los cachorros despertó en ese momento y buscó la teta. La perra captó otra vez el ruido y nuevamente irguió la cabeza. Eran las pisadas de un caballo en el cascajal de la quebradita que dividía las tierras del abuelo y las de Chángele, el esposo de tía Nena. La perra gruñó y esperó que asomara el caballo en el portillo, pero este siguió de largo por el camino real y poco después se oyeron voces en la puerta del cerco de Mime. La perra se desentendió del caballo, olió al cachorro que mamaba y pronto estuvo dormida. Donde Mime sonaron las trancas de la puerta y las voces dejaron de oírse. El abuelo dijo: ¿Dónde estará Isidoro?; creo que el fue el que llegó a donde Mime. Quien sabe, dijo la abuela desde la cocina; tal vez vendría de donde Gabriel. Rosita me dijo que Gabriel quiere comprarle el cerco que era del difundo Rufo. Pudiera ser, dijo el abuelo. Seguía sentado en la sillera, pero ya no dibujaba; ahora su atención estaba puesta en lo que sucedía en el cuarto. Oía la voz de la tía Nena y los quejidos de mi madre y rogaba porque todo acabara pronto. Recordó la noche en la que abuela tuvo a Ninfa. Él había quedado estar cerca para ayudar en lo que pudiera, pero Mime y Nena se opusieron. Estas son cosas de mujeres, dijo Mime; usted espere afuera, que si hace falta lo llamamos. Y él estuvo sentado en la oscuridad, en el mismo sitio donde estaba ahora, viendo pasar las horas, con los gritos de la abuela clavándosele en el cuerpo: Después, a eso de medianoche, apareció la luna sobre la

cordillera del saliente y su reflejo engendró criaturas extrañas en el follaje negro del mango, movido por el viento del norte. Era diciembre y había más estrellas que en ninguna otra época del año. Una de las veces que salió a orinar, miró el cielo y vio una estrella fugaz. Había oído decir que esas estrellas nunca caen sobre la tierra porque son almas perdidas que habitan en el mar. Pensó que él nunca había visto el mar y, de pronto, lo imaginó como un gran río de cuatro orillas: Cuando él era muy chico, el indio Belisario trabajaba para el tata Juan. Belisario era un hombre ya viejo que había salido pequeño de su pueblo, al que jamás había vuelto. ¿A qué vuelvo?, decía cuando le tocaban el tema; allá solo quedan ánimas. Ya nadie vive en el lugar donde nació; todos se han muerto, o se han ido, que es casi la misma vaina. A primera noche, concluida la jornada, Belisario conversaba con los demás peones en el corral y afirmaba haber estado muchas veces en el mar; hablaba de tiburones, de balandros y de otras cosas que ninguno de sus oyentes había visto nunca ni sospechaba que existieran. El mar es un río redondo y salado, decía Belisario, pero uno solo puede ver una de esas orillas; las otras nadie las ha visto. Dicen que en *ellas* también vive gente como nosotros, pero nadie ha visto a esa gente. Por mi parte, creo que sí puede haber algo en esas orillas y me gustaría conocerlas algún día. El abuelo escuchaba embelesado a Belisario hasta que este ponía fin a sus historias con un salivazo chocolate, daba las buenas noches y caminaba parsimoniosamente hacia la barraca donde dormía con los otros peones. En esa época, muchas noches el abuelo se durmió pensando en las orillas del mar; y años después, ya grande, quiso ir al mar a buscar pescado para la Cuaresma, pero el tata Juan lo disuadió. En el mar hay muchas enfermedades, dijo; yo nunca he ido allá, pero, pero don Luigi (su padre, presumiblemente italiano, aunque llamado el Francés) me habló de eso cuando estuve en edad de entender las cosas; me contó que en el mar están las mentadas sirenas, que son causa de muchos males. El abuelo no hizo el viaje: un deseo del tata Juan era una orden inapelable para su mujer, para sus hijos y hasta para sus animales. Luego, poco antes de casarse con la abuela, oyó decir que un hombre de Guacá había cruzado el mar en una canoa más grande que una casa y que echaba humo como un tren. Eso le pareció pura fantasía de tunantes y dejó de pensar en el mar. Sin embargo, esa noche en la que nació Ninfa volvió a pensar en el mar y, sin explicarse cómo ni por qué, resolvió que era un río de cuatro orillas. Ahora no había estrellas ni luna ni tenía ganas de pensar en el mar, tal vez porque ya no era joven o porque el asma y la lluvia le hacían más doloroso el sufrimiento de Ninfa. Bueno, pensó, que sea lo que Dios quiera, pero que todo acabe pronto y no haya necesidad de llevarla a la estación. Se sonó la nariz con el pañuelo de bolas mientras oía a Nena mover cosas en el cuarto. La lluvia casi había cesado y una ligera brisa desprendía las gotas depositadas en las hojas de los árboles. Los pollos habían encontrado algunas lombrices debajo del mango y se las disputaban en medio de

agudos chillidos. La madre descubrió un hueco donde había varias y cloqueó, llamándolos. Los pollos abandonaron las primeras y se precipitaron sobre las segundas; cuando acabaron con ellas, la gallina los guio hacia donde había un tronco podrido y comenzó a escarbar en la tierra suelta y mojada. Tres orugas gordas y blancuzcas aparecieron retorciéndose y los pollos las devoraron. La gallina los vio comérselas y después los apartó y siguió escarbando. El arroz había consumido el agua; la abuelo lo tapó y le sacó los tizones, dejándolo solo al calor de las brasas. Luego fue al cuarto. La tía estaba acomodando las piernas de mi madre. La cosa será en cualquier momento, comentó. La abuela asintió y permaneció quieta, cerca de la puerta. Veía a mi madre retorcerse y hacer fuerza y una fugaz preocupación puso arrugas en su cara. Después contempló la imagen de san Antonio que había encima del tocador, delante de la cual estaba encendido un candil de sebo, y rezó sin mover los labios. Oyó al abuelo sonarse la nariz y fue a preguntarle si quería más té. Dentro de un rato, dijo el abuelo sin mirarla. Ella miró hacia la puerta del cerco y dijo: Las quebradas deben estar muy crecidas. Él aprobó con un gruñido. Ha caído mucha agua, agregó; ¿cuándo escampará? Ambos escrutaron el cielo del sur por entre las ramas de los cedros. Quién sabe, dijo ella; Dios y la virgen quieran que pronto. No hablaron más y el abuelo se atusó los bigotes. La abuela comprendió que el abuelo estaba preocupado por lo mismo que ella. Me avisa cuando quiere el té, dijo y regresó a la cocina. La abuela oyó la saloma de Milton cuando este aún estaba lejos, debe venir por el Camino oscuro, pensó. Destapó el arroz y comprobó que estaba listo. La saloma de Milton se unía al zumbido del río en la calma gris. La abuela oyó las pisadas de la yegua en el pedregal, al bajar la loma de la quebradita, luego del chapoteo en el vado y de nuevo las pisadas firmes en el cascajo de la pendiente opuesta; después percibió el trote fuera de la piñuela y, ya con toda claridad, los golpes de las trancas al abrir Milton la puerta del cerco. Milton traía la silla cubierta con una lona embreada y el cuerpo de la yegua despedía vapor. La abuela salió al portal de la cocina. Milton detuvo la yegua junto a las goteras y soltó de la silla el saco que contenía las compras. La abuela lo tomó. ¿Traes todo lo que te encargué?, preguntó. Sí, pero las sardinas son de otra marca. ¿Te despachó doña Nelly? No, Riche; doña Nelly estaba acostada; parece que tiene catarro. Bueno, desensilla y ven a tomar la maicena. Milton condujo la yegua hasta el portalito trasero, donde el abuelo guardaba las monturas y los aparejos de carga; dejó la silla en su sitio y soltó la yegua en la cuadra de hierba. En la cocina, se sentó junto a la puerta y esperó a que la abuela le sirviera la maicena. El agua me dio fatiga, dijo. Había hecho casi todo el camino bajo la lluvia. Había habido pequeñas bonanzas pero no había visto el sol. Las nubes cubrían el cielo en todas las direcciones; no se veían los cerros ni la costa y de las hondonadas, durante las bonanzas, surgían columnas de neblina. La abuela le dio la maicena y bebió sin respirar. ¿Cómo ha seguido

Ninfa?, preguntó al terminarla. Igual; Nena está con ella, respondió la abuela mientras tomaba la totuma y la ponía en la batea de los trastos sucios. La comida está ya: ¿la quieres de una vez o esperas un rato? Esperaré a que baje la maicena. ¿Riche no te dijo nada de la cuenta?, preguntó la abuela. En la tienda estaban dos muchachos de Cochea y un hombre que Milton no conocía. Cada uno tenía una bolsa colgada del hombro y Riche conversaba con el hombre acerca del mal tiempo y de unas novillas cebú que doña Nelly había comprado a un ganadero de Bijagual. Me dijo que le dijera a papá que debemos doce dólares, respondió Milton. Habrá que abonar algo, dijo la abuela. El abuelo llevaba dos semanas sin poder trabajar. Si sigue enfermo, habrá que venderle un novillo a doña Nelly, pensó la abuela. El domingo que estuviste en el Jagüita viste al monguto? ¿Se podrá vender? ¿No está muy flaco? Milton meditó antes de contestar: Está un poco delgado; creo que tiene mejor estado el careto. Por ese podría darnos cuarenta dólares, pensó la abuela; con eso se aliviaría la situación por un tiempo. En ese momento oyó un grito de mi madre. La brisa había dejado de soplar y las gotas de lluvia volvían a ser gruesas. El abuelo las veía caer con intensidad creciente en la zanja de las goteras y en la tierra pelada del patio. Había observado a Milton desmontar para abrir la puerta, cerrarla, montar de nuevo y pasar hacia la cocina; había seguido todos sus movimientos y luego había intentado captar la conversación con la abuela, pero los quejidos de mi madre y ahora el sonido de la lluvia en el cinc ahogaba las voces. Sin embargo, creía haber escuchado que la abuela hablaba de vender un novillo. En los últimos dos años habían vendido cinco reses y la peste había matado tres; quedaban catorce. Una ráfaga de preocupación lo agitó. Si el asma seguía molestándolo... Faustino todavía era demasiado joven para afrontar todas las responsabilidades de la casa; y al tata Juan no podía pedirle ayuda, porque estaba haciendo: desde que hizo testamento, todos los días anunciaba que pronto moriría y prohibió que alguien le pidiera algo; además estipuló que nadie tocara nada de la herencia hasta que él no tuviera un mes de sepultado. No quiero que mis hijos parezcan gallotes, decía, que les sacan los ojos a las bestias todavía estando vivas; no, señor, que esperen y aguanten, que mi hora no demora. El abuelo frunció los labios y se acarició el bigote; ni en las proximidades de la muerte cambió el tata Juan su modo de ser. Milton oyó el grito y no preguntó nada. Permaneció un rato mirando hacia el camino y luego fue a donde el abuelo y se sentó en el quicio. ¿Cómo sigue usted?, preguntó. Un poco mejor. ¿Cómo te fue por la tienda? Bien, dijo Milton. El abuelo volvió a toser. Milton quitó la vista para no ver su cara congestionada y sus ojos llorosos. El abuelo sacó el pañuelo y se sonó la nariz con fuerza. ¿Por qué no toma una cucharada de jarabe?, preguntó Milton. Ya tomé, respondió el abuelo, casi sin aire. Pasó el espasmo y ambos continuaron callados. Milton oía el silbido trabajoso de la respiración del abuelo. Tal vez haya que buscar gente para llevar a Ninfa a la estación, dijo el abuelo

al rato. Milton esperó que continuara. Faustino ya no demora y donde Mime están Isidoro y Silvestre; habría que decirle a Canducho y algún otro; quizá Chángele pudiera ir... Yo podría, dijo Milton. No, está muy chico, dijo el abuelo; solo servirías para llevar los caballos, no para relevar a los cargadores. ¿Quiere que vaya a avisarles?, preguntó Milton. No, hay que esperar; Nena es la que decide, dijo el abuelo. Un nuevo acceso de tos le impidió seguir hablando. Cuando pasó, respiró hondo, con la boca entreabierta para tomar más aire. Ahora llovía más fuerte y la gallina y los pollos regresaron al portal. Los pollos pasaron debajo de la silleta del abuelo y Milton agarró uno; tenía el buche tibio y lleno. La gallina cloqueó y quiso picar a Milton; este la espantó con el sombrero y luego soltó el pollo, que corrió a acomodarse con la madre y los hermanos junto a la pared. La abuela llegó a la cocina y vio a los pollos desaparecer debajo de la madre. ¿Quiere más té o le traigo ya la comida?, preguntó al abuelo. Mejor té, dijo el abuelo; todavía no siento hambre, se dijo la abuela y fue a buscar el té. ¡Milton!, llamó desde la cocina, ven a llevarle el té a tu papá. Milton entró en la cocina. La abuela estaba parada en el centro, con una totuma vacía en la mano. ¿Le dijiste lo de la cuenta?, preguntó en voz baja. No, dijo Milton. No le digas nada. La abuela sirvió té de una jarra de tagua azul y le dio la totuma a Milton. Aquí tiene, dijo Milton al abuelo. Este sopló el té humeante y luego bebió un largo trago. Sentía que la infusión de hojas de guanábano aliviaba su garganta, irritada por la tos. Los truenos habían dejado de oírse y ahora volvieron a retumbar por el sur, apagados y lejanos. En Dolega también debe estar lloviendo, pensó el abuelo. Las tormentas casi siempre venían del sur, precedidas de un viento frío. Si uno estaba en la estación o en el llano o en cualquier sitio despejado, podía ver la tormenta en el horizonte; parecía una cortina de hilos muy finos, colgada de las nubes; y, si uno observaba bien, podía ver cómo se aproximaba mientras las masas de nieves iban juntándose hasta cerrar el cielo. En la soledad del llano, la tormenta ahogaba la luz y también parecía querer ahogarlo a uno. Las primeras gotas eran gruesas, espaciadas y muy frías; después el diluvio se cerraba y el mundo desaparecía en un limbo cenizo. El caballo había dejado de comer y estaba parado debajo de un naranjo. Cuando escampe, cortas unas cañas y se las echas al caballo; desde anteayer no come caña, dijo el abuelo a Milton. ¿Se las doy con cáscara o peladas? Mejor pícaselas; así no desperdicia nada. El caballo tenía más de diez años, pero aún se veía fuerte; ahora estaba con una pata floja y los ojos cerrados. Mi madre gritó: ¡Roberto! Y entrevió, como si estuvieran allí, pero velados, una sonrisa y un rostro; casi que sintió otro cuerpo junto al suyo, y su piel revivió palabras dichas mucho antes y caricias largas y lentas en el sonido de la lluvia. Debajo del dolor vibraban voces y recuerdos de otros sudores, de otros días, de otras noches de agua o de luna; los dolores de ahora prolongaban aquel, fugaz, de una tarde junto al río Majagua, cuando abrió su piel a otra piel ardorosa y a la vida que ahora,

¿cuándo, Dios, cuándo?, nacería. Tía Nena decía: No te desesperes y haz lo que te digo. Mi madre procuraba seguir las indicaciones, aunque le parecía que el dolor no estaba solo en el vientre porque sentía agujas clavadas en todo el cuerpo. De pronto se le ocurrió que no debía estar sola con la tía, que él debía estar acompañándola; así ella no sentiría los dolores sino la ansiedad gozosa de ambos por lo que estaba a punto de ocurrir. Tengo sed; no puedo más. Espera, dijo tía Nena; espera, hijita, que falta muy poco. La abuela estaba dándole de comer a la perra cuando Faustino asomó en la puerta del cerco cubriéndose con una lona. El abuelo lo vio y dijo: Viene Faustino. Lo había visto, contestó la abuela. Milton siguió sentado en el quicio, viéndolo aproximarse. ¿Te fue bien?, preguntó el abuelo. No pudimos hacer mucho, dijo Faustino; el agua no dejaba abrir los huecos para los postes. Debían tender quinientas brazas de alambrada y apenas habían tendido cien. No desensilles el caballo, por si hay que llevar a Ninfa a la estación, dijo el abuelo. ¿Se puso mal?, preguntó Faustino. Sí, dijo el abuelo; poco después de que te fuiste. Faustino amarró el caballo en el calabazo próximo y tapó bien la silla con la lona y caminó hacia la cocina. En la oreja de un horcón colgó la bolsa en la que llevaba al trabajo la totuma y la raspadura. ¿Quieres comida o maicena?, preguntó la abuela. Maicena, respondió sentado junto a la puerta. La perra había terminado de comer y los cachorros retozaban con ella en el nido. ¿Soltaste el caballo?, preguntó la abuela. No, está amarrado en el calabazo. Yo creo que no va a ser necesario llevarla, dijo la abuela; le he ofrecido una manda a san Antonio. Las quebradas están hondas, dijo Faustino; en la de Ismaela el agua tapa los estribos y en la otra me mojé los peleros. Ahora llovía muy fuerte y la luz del mediodía agonizaba en las hojas de los árboles. Algunas gallinas habían buscado refugio en el portal de la cocina y uno de los cachorros se acercó olisqueándolas a ellas; una le dio un picotazo en la cabeza, el perrito chilló y la perra, enfurecida, las ahuyentó del portal y tuvieron que buscar amparo en los aleros de la otra casa, la lluvia había vuelto a formar arroyos en la sabana y la zanja de las goteras se desbordaba. Si sigue lloviendo así, no podremos trabajar mañana, dijo Faustino, que miraba hacia afuera con la totuma vacía en las manos. La abuela iba a comentar algo pero en ese momento, después de haberse apagado el estampido de un trueno, oyó el grito largo y hondo, desgarrado, de mi madre. ¡Goya, trae el agua!, gritó tía Nena. La abuela y Faustino dejaron el cuarto la paila humeante. Ten listas las tijeras, dijo la tía. La abuela tomó las tijeras, les echó agua caliente, las secó con un trapo limpio y las puso junto a las sabanitas. Pon a calentar más agua en la olla azul, ordenó a Faustino y se aproximó a la cama de mi madre. Ya no habría que ir a la estación; bendita sea la Divina Providencia, pensó y miró agradecida la imagen de san Antonio. El abuelo y Milton miraban la lluvia sin hablar. Se habían formado charcos en las depresiones de la sabana y el abuelo se preguntó de dónde sacaría el cielo tanta agua: en cuatro días, prácticamente, no había

cesado de llover. Lo acometió un acceso de tos y Milton tuvo la sensación de que su propio pecho estaba a punto de estallar; le parecía que en la fatigosa respiración del abuelo había como una renuncia a la vida. De pronto oyó el grito de Ninfa y el miedo le enfrió los huesos, sin que supiera por qué. El abuelo también lo escuchó, apagado por la tos, y sin que tampoco supiera por qué se sintió contento. Ese grito había sonado distinto a los anteriores: parecía brotado de la sangre. Cuando pasó la tos, llamó a la abuela. Ahora voy, respondió ella desde el cuarto. Y en ese mismo instante mi primer llanto se mezcló con el sonido de la lluvia en el cinc, con el estornudo del caballo amarrado en el calabazo y con el lejano zumbido del río. El abuelo sonrió en silencio y, como si repentinamente se hubiera librado de una carga muy pesada, aspiró hondo y miró la lluvia, los cedros, su viejo caballo cebruno y a Milton. La familia está creciendo, comentó. Sí, dijo Milton. Y, sin decir nada más, el abuelo agarró la varita seca y de nuevo comenzó a dibujar figuras en el suelo.